



COLOR MUJER

// Por Jaure Solano Caro*

Las formas no hacen más que corroborar el alma, darle representación, hacerla visible, brindarle un sostén material para desplegar su red de sentimientos y experiencias. Un orificio, por pequeño que sea, abarca un mundo en sí mismo, porque da forma a una conexión de puntos simétricos o asimétricos que a la postre cobran vida, caminan en universos distintos, desconocidos, nuevos, vírgenes, descontaminados y perfectamente ubicados en una trayectoria de sentido y eternidad.

El color, como parte de la forma, es responsable de dar canto al dolor, desprenderlo de su significación primaria y elevarlo a infinitas posibilidades de existencia. Ese dolorín cólume que no manifiesta efugios, que siempre sonrío a la tragedia para no mostrar debilidad —porque es consciente de que toda la vida está a sus espaldas— se convierte en agua cuando hay sed, en comida cuando llega el hambre, y en fe cuando se carece de un Dios. Los extremos son un comienzo para entender su cosmovisión. La desdicha es fácilmente convertida en esperanza y sosiego, siempre y cuando salve un latir con su sacrificio.

Pero al final todo tiene un nombre, mujer. Todo es mujer y también todo gira en torno a ella, empezando por las cárceles de sed



Jaure Solano



Jaure Solano

y sociedad. Naturalmente, sus líneas son exaltadas más por su estética, su belleza, su sumisión y voluptuosidad, que por su sentido de grandeza, sacrificio o amor. No obstante, cuando la convención del amor llega a sus labios se convierte en amor colectivo, profundo, amor de grises contrastados, de ruidos y perspectivas. Amor que va más allá de relatos y recuerdos. Se transforma así en brisas y abrazos, siendo estos catalizadores de efusividad y regocijo.

Atravesando el espejo*

// Por Joy Helena González Güeto**



Revista *Espejo* No. 5-6 | Enero - Diciembre 2012 / 2013

31

Espejo. Revista de los Estudiantes del Programa de Lingüística y Literatura, Cartagena, Universidad de Cartagena, 32p.

Espejo es un pájaro fantástico que surca el cielo en busca de la permanencia de la palabra. Regresa a nosotros después de muchos años —el último número había sido publicado por

* Esta reseña fue publicada originalmente en *Visitas al Patio*, No.4 (Enero-Diciembre), Universidad de Cartagena, 2010, pp. 249-251.

** Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena | Contacto: gelenagonzalez@gmail.com.

una generación de valientes jóvenes en 1996. Y luego, el silencio—. Este resurgimiento, sin embargo, mueve una herida permanente. Y es que la gran acogida entre la comunidad estudiantil del cuarto número de *Espejo* revela la asfixia de un grito contenido desde hace mucho. Porque encontrar un espacio donde decir lo que se *tiene* que decir sin perderse en el intento es una tarea detectivesca, y es entonces cuando nacen los blogs, las notas de Facebook, los panfletos, las carteleras de papel periódico, los grafitis, los recitales nocturnos y escondidos, las charlas interminables en las plazas: clamores todos tan necesarios e imprescindibles.

Espejo vuelve debido a las mismas razones y sensaciones por las cuales surgió en un principio: la impostergable necesidad de un espacio donde los estudiantes —investigadores y creadores— encuentren la posibilidad de gritar, con la esperanza de encontrar un eco más allá de su propio grupo de amigos. Esta revista estudiantil se presenta como un espacio donde se conjugan diversas realidades existenciales, siendo precisamente esto lo que hace posible que el lector se descubra reflejado en alguna de sus páginas. Es así como en el reino especular propuesto por el cuarto número de *Espejo* podemos encontrar desde la teorización de fenómenos cotidianos como los saludos, los piropos y el regateo, hasta poemas, microrrelatos, entrevistas y muestras fotográficas.

En este número dos generaciones se encuentran cara a cara, lo cual no sólo es muestra de la capacidad de diálogo y reflexión de los estudiantes, sino de la lucidez de los mismos para reconocerse en la voz de sus precursores como antecedentes necesarios. Encontramos así una crónica sobre Eliseo Herrera, escrita por Orfarit Martínez, y reflexiones sobre la poesía de Rómulo Bustos, llevadas a cabo por Diego Mosquera, o un texto rescatado de los anteriores números de *Espejo*, publicado por el ahora profesor Juan Carlos Urango. Descubrimos que los artículos se dinamizan por las temáticas escogidas y las ejemplificaciones propuestas; son textos que buscan nombrar la realidad inmediata y los fenómenos lingüísticos que se ejecutan a diario en nuestro contexto local. Tal es el caso de “10 instrucciones para regatear y no morir en el intento”, de Udiluz Monsalve, o “¡Pri qué, todo bien! ¡Habla vale mía!”, escrito por Diana Yepes.

Hay, igualmente, espacio para la reflexión sobre la tradición literaria y la cultura de masas. En “Son Goku y Dante: de los libros a los juegos de video”, de Leonel Buelvas, vemos la para muchos insospechada relación entre la poesía de Dante y la animación japonesa o los clásicos orientales y el anime. Leemos, así mismo, los debates sobre la autonomía estética del teatro frente a las recientes políticas de estado, en “El teatro y las artes: un mercado incierto”, de William Hurtado...Y, por supuesto, están aquí los poetas y los narradores de esta nueva generación: Omar Román Altamar, Ana victoria Padilla, Juan Manuel González Sequeda, Mar Meléndez, compartiendo con nosotros sus abismos y cumbres internas, ardientes pedazos de sí.

No podemos dejar de referirnos aquí a *Fragmentos perversos*: una suerte de código de complicidad entre los editores y el lector, que está compuesto de algunas fracciones de divertidos y sugerentes textos eróticos escritos por autores reconocidos. Sin duda, uno de los más encantadores detalles del cuarto número de *Espejo*: ese crisol que permite contemplar la multiplicidad de manías, fobias, obsesiones y locuras que preocupan y desprecupan a nuestra generación. Parece, ciertamente, que los estudiantes se detuvieron frente al mar a observar sus pensamientos y asirlos en unas cuantas palabras. Parece también que la enorme ciudad que se alza ante sus ojos es un monstruo de mil cabezas que se apodera del lápiz. La mirada incisiva de los estudiantes, dirigida a la realidad que los rodea hasta la asfixia, es lo que traspasa las páginas: lo cotidiano como posible vuelo e inmersión.

Nos despedimos entonces con una pregunta necesaria: ¿cuánto nos durará la loable empresa de *Espejo*? ¿Seremos capaces de seguir creyendo e invirtiendo en nuestra revista estudiantil? Todos sabemos que este tipo de proyectos nacen del desespero y los impulsos de un grupo de jóvenes y mueren siempre de un “yo no sé qué”, la ya clásica e inmisericorde peste que azota las iniciativas estudiantiles. Esperemos que este Ave Fénix llegue a su final únicamente cuando cumpla su ciclo y sea necesaria su muerte para vivir otro renacimiento en los albores de otra nueva generación. **E**